

J. M. G. LE CLÉZIO

EL

SUEÑO  
MEXICANO

o el pensamiento  
interrumpido



POPULAR

**El sueño mexicano**  
*o el pensamiento interrumpido*

J. M. G. Le Clézio

---



Primera edición en francés, 1988  
Primera edición en español, 1992  
Primera reimpresión, 2008  
Primera edición electrónica, 2010

*Distribución mundial*

Título original *Le rêve mexicain ou la pensée interrompue*  
© 1988, Éditions Gallimard, París  
ISBN 2-07-071389-X

D. R. © 1992, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.  
Empresa certificada ISO 9001:2008



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios:  
[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel. (55) 5227-4672  
Fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0477-4

Hecho en México - *Made in Mexico*

### Acerca del autor

---



Nacido en Niza en 1940, *Jean Marie Gustave Le Clézio* es un viajero incansable que ha escrito más de 40 libros, entre novela y ensayo. Otra obra publicada por el FCE, además de este importante ensayo, es *La conquista divina de Michoacán*, crónica de un religioso anónimo del siglo XVI. Le Clézio ha sido merecedor de diversos reconocimientos, entre ellos el Premio Nobel de Literatura (2008), el Paul Morand (1980) y el Théophraste Renaudot (1963); además, en 1994 fue elegido por los lectores de la revista *Lire* como el mejor escritor francés vivo.

## El sueño del conquistador

El sueño comienza el 8 de febrero de 1517, cuando Bernal Díaz del Castillo observa por primera vez, desde la cubierta del barco, la gran ciudad blanca de los mayas que los españoles llamarán "El Gran Cairo". Y luego, el 4 de marzo de 1517, cuando ve venir hacia la nave "diez canoas muy grandes, que se dicen piraguas, llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela" [p. 29].<sup>[1]</sup>

Es el primer encuentro del soldado Bernal Díaz con el mundo mexicano. El sueño puede empezar, libre aún de todo miedo, de todo odio.

"...sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen rato los navíos" [p. 30].

El asombro surge entonces de los dos lados. Bernal Díaz del Castillo y sus compañeros se asombran del tamaño de las ciudades, de la belleza de los templos y de la fealdad de los ídolos mayas:

...muchos bultos de serpientes y culebras grandes y otras pinturas de ídolos de malas figuras, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre, y en otra parte de los ídolos tenían unos como a manera de señales de cruces, y todo pintado, de lo cual nos admiramos como cosa nunca vista ni oída [p. 32].

Los indios, por su parte, se asombran del aspecto de los extranjeros. Les preguntan si vienen “de la parte donde nace el sol” y cuentan entonces por primera vez aquella leyenda de la que el capitán Cortés y sus hombres sabrán más tarde sacar provecho, según la cual “les habían dicho sus antepasados que habían de venir gentes de hacia donde nace el sol, con barbas, que los habían de señorear” [p. 46].

El sueño, al principio, es también como en todas las génesis: los extranjeros dan nombre a las tierras, a las bahías, a las islas, a las desembocaduras de los ríos: boca de Términos, río Grijalva, monte San Martín, isla de Sacrificios.

Piden oro. El oro es ya la “moneda” del sueño. Y los indios, que intuyen los peligros relacionados con la posesión de ese metal, alejan a los extranjeros diciéndoles tan sólo: “Colúa, Colúa” y “México, México”. Del mismo modo que los caribes, más tarde, hablarán del Perú.

Está también la primera entrevista de los españoles con los emisarios de Moctezuma, el rey de México. También aquí se siente comenzar el sueño de la Conquista y de la destrucción del Imperio azteca; se siente el destino del pueblo mexicano. En la ribera del gran río, los embajadores de Moctezuma están sentados en sus petates, a la sombra de los árboles. Esperan. Detrás de ellos están los guerreros armados con sus arcos y sus hachas de obsidiana, con grandes banderas blancas. Cuando llegan los españoles, los sacerdotes aztecas los saludan como a dioses, quemando incienso. Luego, los embajadores les dan los regalos que Moctezuma envía a los extranjeros. Debido a las banderas blancas, el río se llamará de allí en adelante río de Bandejas.

Así empieza esa *Historia*, con ese encuentro entre dos sueños: el sueño de oro de los españoles, sueño devorante, despiadado, que llega a veces a los límites de la crueldad; sueño absoluto, como si se tratara acaso de otra cosa que

no fuera la posesión de la riqueza y el poder, sino más bien de regenerarse en la violencia y la sangre, para alcanzar el mito de El Dorado, donde todo ha de ser eternamente nuevo.

Por otra parte, el sueño antiguo de los mexicanos, sueño largamente esperado, cuando llegan del este, del otro lado del mar, esos hombres barbudos guiados por la Serpiente Emplumada Quetzalcóatl, para reinar de nuevo sobre ellos. Entonces, cuando se encuentran los dos sueños y los dos pueblos, mientras uno pide el oro, las riquezas, el otro pide solamente un casco, para mostrárselo a los grandes sacerdotes y al rey de México, porque según dicen los indios se parece a los que llevaban sus antepasados, antaño, antes de desaparecer. Cortés da el casco, pero pide que se lo devuelvan lleno de oro. Cuando Moctezuma lo recibió, "desque vio el casco", dice Bernal Díaz, "y el que tenía su huychilobos tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que venían a señorear aquella tierra" [p. 87].

La tragedia de esa confrontación está contenida en ese desequilibrio. Es el furor de un sueño moderno que extermina a un sueño antiguo; un deseo de poder que destruye a los mitos. El oro, las armas modernas y el pensamiento racional contra la magia y los dioses: el resultado no hubiera podido ser otro.

Bernal Díaz lo sabe, y a pesar del tiempo transcurrido, no puede evitar mostrar a veces su amargura o su horror ante lo que ha sido destruido. La "Conquista" tiene a veces el tono de una epopeya, pero más a menudo Bernal Díaz dice lo que fue en realidad: el lento, difícil e irresistible progreso de una destrucción, el saqueo del imperio mexicano, el fin de un mundo. No sorprende que la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* haya sido tanto tiempo un libro maldito, considerado infamante para la gloria del conquistador Hernán Cortés.

Pues el libro de Bernal Díaz del Castillo está hecho de este doble impulso: por una parte, decir la verdad sobre las guerras de la conquista sin ocultar el menor detalle, sin intentar la menor adulación. Ése es el desquite de Bernal Díaz, el soldado inculto —“los idiotas sin letras como yo soy”, dice [p. 614]—, ante los historiadores de la corte, como Francisco de Gómara, que echaron incienso a Hernán Cortés.

Por otra parte, trata de revivir, al escribirlo, su sueño más antiguo. De estos dos motivos, no cabe duda de que el segundo es el que domina a Bernal Díaz. Sin duda lo irritan los errores de los historiadores y cronistas de la Conquista, por su complacencia y amaneramiento, así como el prejuicio de Bartolomé de las Casas, el obispo de Chiapas que escribió el pasquín para divulgar la “leyenda negra” de la Conquista, un librito leído en toda Europa: la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

La sencillez de Bernal Díaz, su gusto por la simplificación, lo llevan a detestar las exageraciones. El partido que toma en realidad es sencillísimo: cuando Cortés decide realizar la conquista de los territorios mexicanos no actúa por sí mismo, sino en nombre de la Corona española. Así pues, a Bernal Díaz, simple soldado, no le corresponde juzgar los actos de su capitán, salvo de vez en cuando para protestar con mal humor cuando quieren hacer de Cortés un héroe desinteresado, o cuando el propio Cortés parece olvidar a sus antiguos compañeros de armas. Cuando Cortés, por ejemplo, adorna su blasón con la orgullosa divisa dirigida al rey: “yo, en serviros, sin segundo”, Bernal Díaz rectifica: él mismo y sus compañeros ayudaron a su capitán a “ganar aquella prez y honra y estado” [p. 616].

Pero ese amor por la verdad y esa reacción malhumorada ante los historiadores de la corte no habrían bastado para hacer del soldado un escritor. Hay algo más. Cuando comienza a escribir esa crónica, Bernal Díaz se encuentra en el final de su vida. La mayoría de los actores de aquella



epopeya han muerto, algunos durante las batallas contra los indios, otros de enfermedades o de viejos. El propio Hernán Cortés, marqués del Valle, luego de haber pasado por reveses políticos y haber caído en desgracia, ha muerto sin grandeza, atacado por la apoplejía a consecuencia de una afrenta: la ruptura del noviazgo de su hija, abandonada por un joven noble castellano. Murió el 2 de diciembre de 1547 en España, lejos de las tierras mexicanas. Sólo sus cenizas fueron transportadas hasta la Nueva España, para ser enterradas en Coyoacán.

También han muerto los otros conquistadores: Pedro de Alvarado, aquel a quien los indios habían llamado por su belleza Tonatiú, el Sol; Cristóbal de Olid, el conquistador de Michoacán, a quien Bernal Díaz compara con Héctor; Sandoval; Francisco de Montejo, el conquistador de Yucatán; Luis Marín; Cristóbal de Olea, el "muy valeroso soldado" que salvó la vida de Cortés a costa de la propia; también había muerto el mundo que conquistaron: había desaparecido, arrastrado a la nada. Como habían muerto los últimos reyes del Anáhuac: Moctezuma, Cacamatzin, Cuiclahuatzin y Cuauhtémoc, llevándose con ellos el secreto de la grandeza, la belleza de la leyenda. Muerto el mundo indio con sus ciudades más hermosas que Salamanca o Venecia, sus altos templos, sus palacios de piedra cubiertos de oro y de pinturas, sus libros sagrados y sus jardines fabulosos. Muerto al igual que el agua del gran lago, antes bella, donde se reflejaban las altas torres de los templos y las terrazas de los palacios, donde se deslizaban las piraguas que traían las frutas y las riquezas al gran mercado de la plaza de Tenochtitlán. En el momento en que escribe Bernal Díaz, ya no queda nada de aquel esplendor, y el lago no es más que un fondo desecado donde crece un poco de maíz.

Entonces, cuando Bernal Díaz toma la pluma, "como el buen piloto que lleva la sonda descubriendo bajos por la mar adelante cuando siente que los hay" [p. 53], es para tratar de recobrar el sueño antiguo, el que había vivido du-

rante aquellos dos años intensos y trágicos junto a Cortés y sus conquistadores. No escribe para alcanzar la gloria del historiador (comprenderá pronto que su libro es demasiado verídico para que lo lean sus contemporáneos), sino con la única esperanza de ser reconocido por las generaciones futuras, "porque —dice— soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación" [p. 25].

La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* no es un libro destinado a los demás. Para el viejo soldado, es ante todo la dicha de volver a vivir, al escribirla, la exaltación de aquella aventura fabulosa. Con él volvemos a soñar aquel sueño extraño y cruel, sueño de oro y de tierras nuevas, sueño de poder, esa especie de absoluto de la aventura, cuando el mundo nuevo descubierto por Colón aparece todavía por un breve instante, frágil y efímero como un espejismo, antes de desaparecer para siempre. Porque en este drama el que mira es también el que destruye.

Así empieza el sueño, en la mirada de Bernal Díaz. No hay ningún otro ejemplo en la historia del mundo de una cosa así, salvo tal vez cuando tuvo lugar el primer enfrentamiento en Europa entre los pueblos del neolítico llegados del este y los cazadores primitivos. Pero de aquel drama no hubo testigo.

Lo que impresiona en primer lugar en la crónica de Bernal Díaz, es la conjunción de esas dos fuerzas en la tropa de aventureros que, reunida alrededor de Cortés, parte al asalto del continente americano: los marinos y los jinetes.

Marinos lo son por necesidad todos los que se juntan en la isla de Cuba, plataforma desde la que se lanzan las expediciones. Conocen los ardidés del mar, saben que no deben contar más que consigo mismos.

Pero también son jinetes. Como antes los hunos y los mongoles, tienen esas ventajas del cazador: la rapidez y la

resistencia. La comparación de los conquistadores con las hordas llegadas de Asia Central no es exagerada. Cortés, antes de la partida, elige con cuidado los hombres y los caballos. La fácil conquista de las Antillas no le ha enseñado eso, pero intuye el papel predominante que desempeñarán los caballos y los jinetes en la guerra contra los indios. Es difícil imaginar el espanto que sintieron los mexicanos cuando vieron por primera vez a los jinetes cubiertos de armaduras galopando a su encuentro, con la larga lanza por delante. Esa primera aparición debió ser tan aterradora como la de los elefantes del ejército de Alejandro. Durante mucho tiempo los indios creyeron, como dice Bernal Díaz, "quel caballo y el caballero eran uno" [p. 78]. Cortés, como buen jefe de guerra, no dejó de usar un subterfugio para aumentar el temor que los caballos inspiraban a los indios. Después de hacer husmear a un garañón el olor de una yegua en celo, mandó que lo llevaran cerca de donde estaban reunidos los caciques de Tabasco. El caballo, cuenta Bernal Díaz:

pateaba... y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento adonde había tomado olor de la yegua. Y los indios creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras, y estaban espantados. Y después [que] Cortés los vio de aquel arte se levantó de la silla y se fue para el caballo, y mandó a dos mozos de espuela que luego lo llevasen de allí lejos, y dijo a los indios que ya mandó el caballo que no estuviese enojado, pues ellos venían de paz y eran buenos [p. 80].

El caballo tiene más importancia que el hombre: para curar las heridas infligidas a los caballos durante las batallas, los españoles no vacilan en utilizar grasa humana sacada de los cadáveres de sus enemigos

Más tarde, durante los terribles combates contra los mexicas, los caballos capturados serán sacrificados en el al-

tar de los dioses al igual que los hombres, y sus cabezas serán exhibidas. El caballo está ligado hasta tal punto a la Conquista, que durante mucho tiempo seguirá siendo privilegio de los españoles, y los indios no tendrán derecho a montarlo ni a portar armas.

Así, cuando Cortés abandona la isla de Cuba con su ejército, el 10 de febrero de 1519, Bernal Díaz no olvida hacer cuenta exacta de sus efectivos: 508 soldados, 100 marineros y 10 caballos. Es esa exigua tropa la que parte a la conquista de un continente.

A Bernal Díaz le parece evidente la locura de semejante empresa cuando la considera en retrospectiva. Desde luego, se trata de uno de esos actos temerarios e inconscientes que pertenecen al mundo del sueño.

En el centro de ese sueño está un hombre sobre el cual se apoya toda la expedición: Hernán Cortés. Ese hombre, que Bernal Díaz nos va descubriendo poco a poco, es verdaderamente el comienzo y el final de aquel sueño. Sin él tal vez no habría habido conquista en el sentido violento y primitivo que él dio a esa palabra. Como la mayoría de los hombres que lo acompañan, Bernal Díaz admira a Cortés: al mismo tiempo le teme y lo detesta. Ese hombre astuto como Ulises, cruel y encarnizado como Atila, y seguro de sí como César, es el que crea el sueño de oro y de poder nuevo que embriaga a todos los que le siguen. ¿Quién es en realidad? Más tarde, al final del relato, Bernal Díaz da de él un retrato frío que no oculta cierta antipatía —estamos lejos de la amistad conmovida de que da prueba hacia el derrocado rey Moctezuma, o de la admiración por el joven héroe Cuauhtémoc—.

Hernán Cortés —dice Bernal Díaz—

fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pa-

resciera, y era en los ojos en el mirar algo amoroso, e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado, e las piernas e muslos bien sentados; e era buen jinete e diestro de todas armas, así a pie como a caballo, e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo, corazón e ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla Española [Haití] fue algo travieso sobre mujeres, e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros, e siempre salió con vitoria, e tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubríaselo con las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones [pp. 578-579].

La admiración de Bernal Díaz se debe también sin duda a la fama de hombre culto que Cortés tenía en aquella época: "era latino, e oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados o hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros e en prosas" [p. 579]. Pero lo que le hace ganar sobre todo la estima de Bernal Díaz es su sangre fría y su audacia en todas las cosas de la guerra, hasta la temeridad. Ese rasgo de carácter es el que le valdrá las más arriesgadas victorias.

En suma, a través de los episodios de la *Historia verdadera*, el retrato que nos da Bernal Díaz es el de un temible predador: un jefe, un estratega, un jinete, pero también un hombre decidido a ganar antes que los demás, un hombre que quiere doblegar el mundo a su deseo. Es un individualista encarnizado en la posesión de las riquezas, por la cuales no vacila en despojar a los otros, sean amigos o enemigos.

Ese jefe de guerreros, ese aventurero salido de la Edad Media, goza del apoyo moral del más grande rey del Renacimiento europeo, el emperador Carlos V, en cuyo nombre se apodera de las tierras y de los hombres. Extraño concurso de circunstancias que, para ruina del Imperio mexicano, unirá las rapiñas del aventurero de Extremadura con el nombre del emperador más poderoso de Europa, heredero del dominio de los césares.

Adivinamos cómo Hernán Cortés prefigura al héroe de la era romántica: hábil, rápido, sin escrúpulos, maneja la intriga tan bien como la espada y es apto para conquistar un mundo. Sabe que no está solamente a la cabeza de quinientos soldados, sino también en la avanzada del mundo occidental y cristiano, como la lengua más extrema de la hidra que devorará al mundo. Y cuando, terminada su conquista, es ennoblecido con el título de marqués del Valle, ¿será un azar si elige para adornar su blasón al ave Fénix, que anuncia ya al águila napoleónica? Hernán Cortés, con su mirada sombría y su aspecto famélico, con la audacia inaudita de sus acciones militares, su crueldad fría y las lágrimas que sabe derramar a veces sobre los cuerpos de aquellos que ha sacrificado, evoca ya, antes de tiempo, la figura legendaria de otro jefe guerrero que conquistará el mundo.

Cuando por fin desembarca —primero en Cozumel y después en Isla Mujeres— y mientras sus naves avanzan por la costa yucateca y encuentra a los últimos calacheoni (o Halach Uinic) del mundo maya; y, más tarde, cuando se encuentra con los emisarios de Moctezuma en la ribera del río de Banderas y con los pueblos totonacas en Cempoala ¿quiénes son aquellos hombres que lo reciben? Puede que no sean los “dulces corderos” de que habla Bartolomé de las Casas en su acusación, pero sí son totalmente ajenos al mundo español, tan diferentes como si hubieran vivido a mil años de distancia.

Los mayas, los totonacas y los mexicas son pueblos profundamente religiosos, sometidos al orden de los dioses y al reino de los sacerdotes-reyes. Son pueblos que practican una guerra ritual, hecha tanto de magia como de estrategia, y para quienes el resultado de un combate, decidido de antemano según los acuerdos misteriosos de las fuerzas celestiales, no es para la posesión de las tierras ni de las riquezas, sino para el triunfo de los dioses, que reciben como ofrenda el corazón y la sangre de los vencidos. Turbados por el mito del retorno de sus antepasados y de la divina Serpiente Emplumada Quetzalcóatl-Kukulcán, los indios están cegados, no pueden advertir los verdaderos designios de aquellos a los que han nombrado ya los *teules*, los dioses. Y cuando comprenden que el regreso de aquellos hombres barbudos provenientes de "donde sale el sol" es una matanza sin precedentes de la que nadie saldrá indemne, ya es demasiado tarde. El español ha aprovechado esa vacilación para penetrar hasta lo más profundo del Imperio y sembrar la discordia, ganar la tierra y los esclavos.

Esta fatalidad da a la aventura de los conquistadores su grandeza trágica: a medida que Bernal Díaz narra los combates, las entrevistas, las sumisiones de los poblados, vislumbramos esa sombra que crece, que cubre toda la tierra mexicana. Paralizados, espantados, incapaces de reaccionar, de hablar, los indios viven una pesadilla que los encierra en su propia magia y los conduce a la muerte.

¿Cómo hubieran podido salvarse, ellos que formaban un solo todo, una sola y misma alma dominada por sus dioses, sometida a la voluntad de los reyes y de los sacerdotes, cuando se les presentaba el hombre individualista y escéptico del mundo moderno? Por supuesto, la fe acompaña a los soldados de Cortés; acude en ayuda de Bernal Díaz en los momentos más críticos de la Conquista. Pero esa fe ¿no es sobre todo para Cortés el símbolo del poder español que en adelante debe reinar en esas tierras nuevas? Cortés lo sabe, como buen jefe guerrero, cuando hiere